

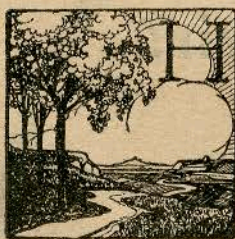


CARAS Y CARETAS

# Desde Hendaya

O.C  
6mo X

## X.- Las noches



ABIA pensado, si es que algún día recojo, como es mi propósito, estas impresiones y meditaciones en un volumen aparte para darles mayor duración

independiente y una cierta unidad intencional, titular el libro "Los días de Hendaya". Mejor que "Los trabajos y los días del destierro", en que hay una cierta remembranza de Hesiodo. "Los días de Hendaya". Pero ¿y las noches? Porque en las noches se vive y aunque se duerma sin soñar, muy intensamente.

¡Estas noches, estas noches en mi celda del destierro, en este indiferente cuarto de un hotel, aquí solo! Antes de las nueve ya en la cama, y a dormir lo más que se pueda, que mañana será otro día, y a ver qué nos traen de nuevo los periódicos de España o los de aquí sobre las cosas de España... A ver si mientras uno duerme la mies crece...

¡A dormir lo más que se pueda, a hurtarse a la historia! Antes solía uno decir que era preciso dormir ocho horas de seguido, la tercera parte del tiempo para poder estar las otras tres partes de él tres veces más despierto que los que duermen poco, pero...

Son flaquezas de la carne que va inclinándose ya hacia la tierra; ¡lo de las ocho horas... se fué!

Hay que despertarse entre tiempo para libertarse, materialmente, de malos

humores, para depurarse. Y en los ratos de desvelo revuelve uno en el magín ese desvelo, ese tener que levantarse, y ante esta señal el ánimo se pregunta: "¿Llegaré a ver el fin de este acto de la tragedia de mi patria?"

Y fuera llueve. En estos días, tormentosamente, con lluvia huracanada. Se oye bramar el vendaval. Alguna vez ha tenido uno que levantarse a cerrar la ventana, bruscamente abierta por un golpe de viento de galerna. Y al gemido del huracán, se da vuelta en la cama y se intenta ahogar el tiempo. Y se piensa que si la vida es sueño, la historia es pesadilla. Sí, la actual historia, la de mi España, la de Europa, la de mi Europa, es pesadilla.

Alguna vez, en el desvelo, oigo el pitido del tren, o que se va a España o que viene de ella. Gracias a Dios, no se conoce si el pitido es de ida o de venida.

Hace unas noches se celebró aquí, en este hotel, una boda, y los convidados se pasaron la noche toda, hasta las cinco de la mañana en que fueron a la iglesia, bailando al quejumbroso son de un acordeón. ¡El acordeón! ¿Hay algo más triste? El acordeón habla de soledades en medio del océano. Y a ratos no eran pasos de baile sino un pateo acompasado — acompasado y no rítmico — como de danza guerrera. Y aun más que guerrera, militar. Un pateo de reclutas. Luego una voz de muchacha recitó algo en francés. Afortunadamente, no llegaban las palabras a mi oído y podía poner bajo

24 VII 1926





## por Miguel de Unamuno



## del destierro

la recitación lo que se me antojara. Y así la oía como quien oye llover. Cosa no tal fácil como se supone. Saber oír llover es una sabiduría poco común.

Esta noche se ha celebrado otra fiesta; una despedida de soltero, sólo hombres, con piano y sin acordeón y con pateo, pero hasta poco más de la una de la mañana.

Veo desde la cama nacer el alba, el alba de occidente, el alba del ocaso, sobre las colinas de España. Y pienso en la otra aurora, en el alba que rompa la pesadilla de su historia.

¡Otra noche más! Durante la noche trata uno de almacenar, de atesorar inconciencia, de dejar que se vaya sedimentando la memoria en el olvido. Pero antes de dormirse... Llega uno al hotel, cena de prisa y en seguida, con el bocado en la boca, se sube al cuarto, se desnuda, se acuesta, se arropa, se acurruca y a pensar, a digerir las últimas noticias, a reconstruir la historia que está pasando, a imaginar lo que pueda seguir, a recordar el porvenir. Sí, recordar el porvenir, esto es, ¡recordarlo! Y a volver otra vez a las mismas imaginaciones; a reconstruir la misma escena, a recomponer el mismo drama. Y a rebuscar dardos de ingenio.

Hay noche en que uno se acuesta, sin saber por qué, presa de una excitación imprevista, le saltan en la mente versos, frases, dictérios, y de tiempo en tiempo se llama la luz eléctrica y se toma un lápiz y febrilmente se va trazando las imágenes

que fluyen. Alguna vez se quiere recordar el final de un ensueño huidero que acaba de perderse en el limbo de la memoria. Y se busca inspiración en el sueño.

Sí, ya lo sé, las gentes quieren por lo regular que se les dé impresiones de día y no de noche, eso que llaman informes objetivos. Las gentes quieren que se les cuente lo que en realidad pasa y no lo que se sueña. Las gentes creen que eso es historia. Y reducen por lo común la historia a gacetillas de periódicos. Un diario bien informado es uno cuyos corresponsales cuentan lo que creen que ha pasado y se cuidan de no mezclar a ello sus ensueños. Y así las gentes no acaban nunca de darse cuenta del sueño de la vida. Ni del sueño de la vida ni de la pesadilla de la historia.

Y luego la anécdota, la horrible anécdota, ha matado la confidencia íntima. No hay modo de conocer a un hombre por anécdotas y lo único que debe importarle a un hombre es conocer a otro hombre, conocer a los demás hombres. Porque los demás hombres son espejos nuestros y sólo conociéndolos llegaremos a conocernos. Pero no por anécdotas.

De noche, a solas y a oscuras, es como puede uno llegar a ver en desnudo su alma, su propia alma desnuda. De noche, a solas y a oscuras, es como puede uno llegar a darse entera cuenta de cómo la vida es sueño, la historia, pesadilla y el mundo destierro.

